



MELBA MARRERO DE MUNNÉ

EVA EN EXTREMAUNCIÓN



Otros títulos de esta Serie III:

Alma adentro

Carmen Natalia Martínez

Ascuas vivas

Delia Weber

Canciones de la tarde

Fabio Fiallo

Clima de eternidad

y otros poemarios

Franklin Mieses Burgos

Compadre Mon

Manuel del Cabral

Hay un país en el mundo

y otros poemas

Pedro Mir

El poema de la hija reintegrada

y otros versos

Domingo Moreno Jimenes

Poesías

Salomé Ureña

Una mujer está sola

y otras poesías

Aída Cartagena Portalatín



**Instituto Superior de
Formación Docente
Salomé Ureña**

Calle Caonabo esq. C/ Leonardo da Vinci
Urbanización Renacimiento
Sector Mirador Sur
Santo Domingo, República Dominicana.

T: (809) 482.3797

www.isfodosu.edu.do

©   @isfodosurdo

EVA EN EXTREMAUNCIÓN

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesoral

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

MELBA MARRERO DE MUNNÉ



EVA EN EXTREMAUNCIÓN

PRÓLOGO DE SABRINA ROMÁN

Eva en extremaunción | Melba Marrero de Munné

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Vivian Jiménez

ISBN 978-9945-639-41-4

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación.....	9
Prólogo.....	11
Poema I.....	28
Poema II.....	30
Poema III.....	46
Poema IV.....	55
Poema V.....	56
Poema VI.....	58
Poema VII.....	62
Poema VIII.....	64
Poema IX.....	70
Poema X.....	75
Biografía de Melba Marrero de Munné.....	81

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Gratereaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



Eva en extremaunción Un cántico para desterrar el olvido

Por Sabrina Román

¿Has abrazado el conjunto de la tierra?
¿Por dónde se va a la morada de la luz,
y dónde residen las tinieblas...?

Libro de Job

Empezaba la tarde del jueves 22, del mes de junio de 2023, a desvanecerse. El sol celebraba sus últimos resplandores del día al concluir su jornada de 13 horas para gentilmente dar paso a una clara y apacible noche de luna. Mientras el gran astro ponía fin a su trabajo, insólitamente empezaba el mío, justo después de recibir una llamada que de algún modo cambiaría mi forma de obrar o comportarme frente a la literatura y sus protagonistas.

¿Sería el azar? ¿Sería una llamada? ¿El destino? O, tal vez, simple y misteriosamente fue un alarido, una súplica, una invitación de Melba Marrero de Munné, a quien minutos seguidos a esa llamada, con asombro y curiosidad, vi aparecer ante mis ojos vestida de luna en creciente —lo cual, como una vez escribí en uno de mis libros— significa

para mí un claro síntoma de renacimiento, donde la tierra pareciera renovar sus votos de prosperidad y agitar sobre cada rincón del planeta el germen de la abundancia.

Así, bajo el influjo de esa esplendorosa atmósfera, empezaron a germinar a borbotones entre mis dedos los versos de *Eva en extremaunción*, escritos 70 años atrás por esta inmensa mujer poeta dominicana.

La intimidad de su poesía en este hermoso y místico poemario conquista nuestra emoción y deleite apenas en el primero de sus versos, donde encontramos abundancia de imágenes luminosas, adoloridas, compasivas, mientras deambulamos sigilosamente por aquel Edén en el cual Adán y Eva incurrieron en la primera desobediencia sobre la tierra.

El gemido de aquella primogénita lágrima de su alma corre todavía por la tierra, va humedeciéndonos el corazón hasta inundarnos de la esencia de su voz divina. Cada Adán y cada Eva sobre esta tierra, en esta isla sembrada en el corazón del Caribe debe hacerse llamar hijo de las lágrimas y el olvido de Melba, como se llamó a sí mismo San Agustín, hijo de las lágrimas de su madre.

Melba Marrero de Munné nos conduce por sendas en las que miles de interrogantes perecen ahogados en la tensión del poema, otros plasman la agonía de una infancia truncada por la pasión de un alma enamorada y hondamente melancólica. Aquella infancia cuya lejanía y ausencia logra lastimar su alma e incentivar en ella el hábito de esparcir sus lágrimas por el camino, como si intentara con ellas humedecer y recuperar su esperanza.

Sin embargo, igual como sucede en toda intensa búsqueda espiritual, se requiere de una intrincada peregrinación a través del sufrimiento. Eva se vio obligada a atravesar violentas turbulencias emocionales, carencias de consuelo para sí misma, hasta arribar al destino final encendida de luz pura, limpia de toda culpa y bella como lo fue en su paseo por esta existencia la poeta Melba. Es así como logra sumergirnos en un viaje a veces arqueológico,

turbulento, abisal, al interior de su alma prodigiosamente enardecida, permitiéndonos, apenas, emerger a la superficie para tomar un poco de aliento.

*Era
una singular lágrima
ensayando
a desperdigarse sobre el mundo.*

*Era
desde el primer Edén
que aquel llanto caía
como un salto mortal
hacia
el abismo de mi pecho¹.*

En *Eva en Extremaunción* la poeta nos coloca frente al nacimiento de la humanidad. El mundo que hoy habitamos, pero aún vacío. El mundo de Melba nacía en ese instante bajo la bóveda celeste encendida de estrellas y el temblor de unos labios culpables de saborear la apetecible delicia del fruto prohibido.

*Cuando
no había una voz con nombre propio
vagando
por el mundo
y todavía los sexos
no tenían historia
ni aranceles estaban inventados
para dilucidar
la especie de los besos*

¹ Poema I.

*y era
de un solo árbol donde la realidad
—sin alas—*

*la fruta del misterio
comenzaba a cuajar.*

*(Oh ángel de indecisión
¡qué oculto estabas!)²*

Han pasado 112 años del nacimiento de Melba Marrero de Munné, nuestra insigne poeta, narradora, dramaturga, viajera incansable, intelectual imprescindible para la literatura dominicana y de la América de habla hispana. El día 8 de abril de 1911, en San Francisco de Macorís, República Dominicana, Dios y la divina providencia otorgaron a Melba el permiso de nacer: «dotada con la triple gracia de belleza, talento y creatividad», como afirma nuestro ilustre Bruno Rosario Candelier.

La poesía posee su propio cosmos, con un sistema de símbolos independientes casi siempre luminosos e inmortales. En ese cosmos impera la peculiaridad de una verdad y una realidad propia, inmarchitable e infinita como el universo de la memoria, del espíritu y del océano del amor, el dolor, la humildad, la pasión y la fe, presentes constantemente en el imaginario del poeta y de todo creador auténtico, empezando por Dios.

La poesía suele resistirse ante todo aquello conceptual, rígido, camuflado, que en alguna medida afecte o limite su espontáneo aletear bajo los cielos del Edén invulnerable en el cual orbita. En las afueras de la poesía aparece el caos de la existencia terrenal, humana, insoportablemente efímera, con sus desafíos inauditos, sus máscaras, su libre albedrío, todo ello cohabitando junto a las

² *Ibidem.*

tinieblas de sus devaneos frente a los espejismos de la falsedad y las tentaciones involuntarias, en algunas circunstancias, apasionadamente tormentosas.

La Eva engendrada por el alma de Melba dio aliento de vida a toda la humanidad esparcida en su vientre a la hora de entregar la pureza de su ser, la lluvia torrencial de estrellas acunadas en la caverna donde inicia su viacrucis la existencia. El amor inunda el corazón de aquel Edén que en el destino de nuestra poeta Melba fue su cuerpo. Melba Marrero de Munné persiguió la belleza y... de tanto perseguirla, admirarla, seducirla, la belleza se convirtió en autorretrato suyo y la inspiración, la poesía, su prosa y creatividad no tuvieron más remedio que convertirse en el árbol de la vida sembrado en el centro del espíritu de esta poeta de dimensiones cósmicas.

*Todavía el Paraíso
era
una cataplasma sin dolores.
Y si hubo una mujer
surgida, fue
de la benevolente inocencia
de un hombre,
para su daño.*

*(Del primer hombre
puesto al alcance del mundo
dechado erecto
hacia la herencia del pecado).*

Y aquí surgió la vida...³

³ Ibídem.

El áspid o víbora venenosa se revela ante Dios. Pretende escapar al castigo de arrastrarse por la tierra hasta el final de los finales, mientras un descendiente de su especie continúe llegando desde los Pirineos hasta el confín del mundo. Esa fue su condena, la sentencia dictada por el creador del universo... «venía como un áspid vicioso / apegado a los senos de la tierra / con lujuria».

Es como si de repente algo trágico sucediera. Los guardianes de la pureza más íntima desaparecen del vergel. La virginidad desmaya ante el infinito amor y la enardecida pasión, cae rendida ante el vigor del primer hombre que anidó en su vientre. Hasta entonces no había ocurrido nada, la humanidad intacta sobrevivía bajo el reinado de la nada. ¿Acaso fue la culpa el primer alumbramiento del espíritu humano bajo el cielo del paraíso terrenal cuna sagrada donde vivieron Adán y Eva, antes del pecado original? ¿O fue la culpa de culpabilidades la primera de a bordo en la barca en la cual el alma empezó a navegar los mares de la angustia, la desolación del pecado cubriéndose de vergüenza bajo la túnica de la implacable soledad y la condena del olvido?

*Era
cuando no tenían badajos de falso olor
las silvestres campánulas
y no eran
las mariposas
secuela luminosa del gusano,
y había sobre la mar
unas albricias remozadas
del aire, balanceándose,
y aún no tenía cabida
la angustia primera
en el primer*

*corazón del hombre.
Desde entonces
fue todo.*⁴

A través de *Eva en extremaunción*, he logrado que mi memoria retroceda al siglo XII, —el cual ha sido denominado por su aspecto cultural «primer renacimiento»— a la época de Abelardo y Eloísa, aquel inmenso y trágico amor cuyo final terminó siendo la separación de los amantes y la castración de Abelardo. Es lo que conocemos como: *Historia Calamitatum*. Abelardo escribe posiblemente a un amigo imaginario la historia de su tragedia: «—mucho más que las palabras— suscitan con frecuencia las pasiones humanas».

Es con la lectura de esas hermosas, apasionadas y románticas cartas como llegamos al conocimiento de este sufrido y doloroso amor de Abelardo y Eloísa.

De igual manera acontece con la Eva de Melba en el poema *Eva en extremaunción* y su extenso y profundamente, a veces, adolorido monólogo dividido en 10 partes, el cual en aquellas zonas en las que tornase más dramático, elegíaco, donde sentimos agitarse con más vigor el torbellino emocional de esta mujer con el resplandor y la esplendidez de una luna llena, ahí es cuando esta enorme poeta y bella mujer, nos permite mullir su interior y atravesar su corazón, alma y espíritu henchidos de amor y pasión, pero, también, de una culpa que lastima, hierde... su piel le duele, le duele la carne de su cuerpo explorada y rendida ante la tentación y por ello la pérdida del jardín sagrado y el abandono del ruiseñor que le cantaba en la ventana a su inocencia todas las mañanas.

⁴ Poema II.

*Hasta allí
mis comisuras
no habíanse virado al desengaño.
Ni entre mis lagrimales
al sudor de la pena
se le decía: llanto.
Todavía
por mis cejas no había retratado
el asombro
arcos mayores.
Y era mi rostro
como
la superficie de la cera bien lijada...⁵*

En aquel jardín de la Eva de Melba: *de siempre vivas invertidas, / donde las rosas/ como antorchas/ encendíanse altivas desde el orto...* en ese oriente, huerto invadido de ensueños, ángeles iluminados y duendes alados ya no se paseaba por entre los árboles Adán desnudo *—lampiño como un pichón de ruiseñor—* amadísimo compañero. Pero había gardenias, la flor de la sutileza femenina y energía positiva en la antigua China. Seguramente deshojaban sus pétalos las amapolas enloquecidas de pasión. Las flores del jardín de Melba atraían las musas que desandan las estrellas mientras sus resplandores como las orquídeas deleitaban su espíritu. El sublime Edén de nuestra poeta Melba Marrero trajo a mi memoria unas cuantas frases de Margarite Yourcenar acerca de la muerte basada en la creencia de que al morir volvemos a ver toda nuestra vida pasar en forma de un corto metraje. Yourcenar se pregunta: *pero ¿qué quería volver a ver?* Y se responde a sí misma... «Quizá los jacintos del Mont Noir, o las violetas de Connecticut en primavera; las naranjas

⁵ *Ibidem.*

astutamente colgadas de las ramas por mi padre; un cementerio de Suiza, cubierto de rosas... abedules blancos...».

Eva en extremaunción, desde su inicio, mece nuestra sensibilidad en el péndulo de la vida y la muerte, de la rabia y la tristeza, de la ausencia absoluta a la presencia divina de un ser anclado en su pecho como un árbol a la tierra. Cruzamos bajo la lluvia, el viento y las estrellas sin darnos cuenta. *¡Como las aves de la noche cielos de fango!* Atravesamos el poemario del llanto a la misericordia con su palabra empuñada, condenando el silencio y el olvido que inexplicablemente aún hoy cubren su tumba. La Eva de Melba arrullada en el interior de cada mujer, en la oquedad más profunda de su cuerpo, entre sus versos, mágicamente se emancipa. Sus entrañas estallan como un volcán volviéndose mariposa, luciérnaga, ruiseñor. Emprende el alma su vuelo visionario bajo la luz que cubre el destino de culpas, cruces, fatigas, idas y regresos, y por qué no, resignaciones también.

*Cruces
al hombro
corrí con mi dolor de catacumba
hecha
una fuga misma
por la enconada cicatriz
del mundo.⁶*

La poeta Melba, consciente desde muy temprana edad de la fragilidad de la existencia humana y lo trascendente que resulta para el ser la aceptación de lo inevitable, logra adentrarse en esos mares profundos del sufrimiento sin mayores resabios. De algún modo, a golpe de dolor con su lírica y la esplendidez de su creatividad resarcó a toda aquella circunstancia adversa que

⁶ Poema IX.

tocó a la puerta de su corazón. Con ello, a mi entender, alcanzó a darle a su vida un significado más hondo, más auténtico, menos terrenal, y quizá más acorde con una perspectiva espiritual rumbo a la cual dirigió su alma desde aquella hoy lejana primera estancia en el Edén, donde nació su reconciliación con el dolor y la agonía de vivir debatiéndose entre la culpa, las lágrimas, el amor y posteriormente con la arbitraria agonía de su cercanía con la muerte.

*(Cundió
la noche en mí
sombras inciertas
y comencé a remar
como los muertos
en un mar sin olor y sin regreso).⁷*

Con la lectura del poema *Eva en extremaunción*, a través de su fluidez y tensión constantes, logré empaparirme no solo de la grandeza espiritual, la formación intelectual y el vasto conocimiento cultural de Melba Marrero de Munné, sino también de la dimensión y el esplendor de una imaginación alimentada de alegorías, visiones, imágenes, fantasías, angustias, expectativas, certidumbres provenientes de su esencia vital, de esa enorme sabiduría ancestral y sensibilidad infinita que iluminaron su ser hasta el punto de llegar a confesar que en su «pensamiento había alas para elevar su sombra hasta una estrella».

*¿Hacia dónde
cultiva el hombre
el lirio inmaterial*

⁷ Poema X.

*de sus pesares
 y hacia qué dimensión
 –Eva expatriada–
 intensamente emocionada
 me diluyo
 con las tres letras de mi nombre
 calvario oculto sangrando
 hacia la nada?*⁸

Eva en extremaunción es un viaje mar adentro. Quizá sea el más lejano y profundo itinerario planeado por nuestra insigne poeta Melba Marrero de Munné, esta vez no alrededor del planeta, sino al interior de sí misma. El mundo de afuera es extenso, seductor y colorido, pero de todas formas un limitado escenario poblado de fronteras cuyo irremediable final acaba siendo siempre un callejón sin salida al infinito. En esta ocasión el barco partirá del puerto repleto de horizontes y algunas orquídeas adornando su cubierta. Se perderá entretejiendo olas en la memoria del tiempo incubado en su alma adolorida bajo la luna más blanca jamás vista brillar sobre su tumba.

*¡Qué grito más leal
 fue el desespero
 desde mí!
 Agonicé
 sin letanías
 ni ensayos de liturgia póstuma.*⁹

⁸ Poema IX.

⁹ Poema X.

Melba Marrero de Munné, a través de un fascinante lirismo, un dolor desgarrador colmado de exquisita y estremecedora poesía atada dulcemente a la sabiduría y espiritualidad, de la mano de su Eva estremecida en pasiones y dolores, nos muestra de hermosa manera cómo es de vital importancia mantener vivo en nuestro interior el sentimiento de serenidad, ante la adversidad engendrada por muchos de los males que aquejan nuestras vidas desde el instante en el que zarpamos del seno materno y echamos a remar en el tiempo.

Esa insondable paz interior habita solo en aquellos seres de algún modo iluminados que permitieron a su alma navegar por incontables mares, mientras en esa travesía liberaron sus pesadas cargas sobre la estela y el olvido... y su espíritu, liberado ya de culpas y atavismos, empezó a volar como los pájaros aquellos senderos del viento sin fronteras, volviéndose inmunes a la derrota o a la caída definitiva sin importar cuán poderoso sea el ejército de infortunios al que se enfrentan. El gran secreto de la poesía, del arte de la creación en todas sus vertientes, es indiscutiblemente la intensidad de luz que ilumina el pensamiento y el alma de sus creadores, en infinitud de ocasiones después de sobrevivir al sufrimiento, al lograr transformar en amor y fuente de inspiración su creatividad.

Deseo profundamente, que por uno de esos milagros maravillosos e inexplicables que acontecen en nuestro viaje por la vida terrenal, en el corazón bondadoso de aquella Eva de Melba, nuestra adolorida e insigne poeta quisqueyana, aparezcan, iluminando su conciencia en la hora última de su existencia, el esplendor y la trascendencia de su presencia no solamente en la historia de la literatura dominicana, sino también en el alma, en la memoria, en la devoción de tantos seres que la amaron, y la de aquellos quienes por alguna razón lamentable, a semejanza mía, aprendimos a quererla tardíamente.

Resulta profundamente penoso y desalentador entender que, conforme transcurre la vida envuelta en los avatares del tiempo y el vulnerable y poderoso imperio del azar, vamos siendo testigos, y más grave aún, hasta cierto punto cómplices, de la génesis de imperdonables olvidos. Es en este instante cuando deseo reafirmar que el conocimiento de *Eva en extremaunción* cambió mi forma de actuar frente a la literatura, ya que el papel de cómplice en estos deslices de omisión tan fatales de la historia, me resultan totalmente inaceptables.

¡Enhorabuena, mi humilde cántico para desterrar el olvido de Melba Marrero de Munné!

Santo Domingo, julio de 2023

EVA EN
EXTREMAUNCIÓN

POEMARIO



POEMA I

Era
una singular lágrima
ensayando
a desperdigarse sobre el mundo.

Era
desde el primer Edén
que aquel llanto caía
como un salto mortal
hacia
el abismo de mi pecho.

Cuando
no había una voz con nombre propio
vagando
por el mundo
y todavía los sexos
no tenían historia
ni aranceles estaban inventados
para dilucidar
la especie de los besos
y era

de un solo árbol donde la realidad
—sin alas—
la fruta del misterio
comenzaba a cuajar.

(Oh ángel de indecisión
¡qué oculto estabas!)

Todavía el Paraíso
era
una cataplasma sin dolores.
Y si hubo una mujer
surgida, fue
de la benevolente inocencia
de un hombre,
para su daño.

(Del primer hombre
puesto al alcance del mundo
dechado erecto
hacia la herencia del pecado).

Y aquí surgió la vida.

Venía
como un áspid vicioso
apegado a los senos de la tierra
con lujuria.



POEMA II

Era
cuando no tenían badajos de falso olor
las silvestres campánulas
y no eran
las mariposas
secuela luminosa del gusano,
y había sobre la mar
unas albricias remozadas
del aire, balanceándose,
y aún no tenía cabida
la angustia primera
en el primer
corazón del hombre.
Desde entonces
fue todo.

Yo estaba allí
presente
hoja del nuevo árbol, savia incolora.

(Quedó para mis ojos
todo
como una claridad mayor
desparramada).

Hasta allí
mis comisuras
no habíanse virado al desengaño.
Ni entre mis lagrimales
al sudor de la pena
se le decía: llanto.
Todavía
por mis cejas no había retratado
el asombro
arcos mayores.
Y era mi rostro
como
la superficie de la cera bien lijada
de dedos a expofeso
porque las mascaradas
no estaban instaladas
por el mundo
y eran
una interrogación de farsa
acechando en el aire,
las caretas.

Fue desde entonces
que
la piel de un hombre
rozara a mi distancia.

Remota
quedábase mi infancia
nacida desde el árbol solitario.

(Reloj de mi pecho,
péndulo del corazón
movía
de incertidumbre los latidos).

Yo tenía un jardín
de siemprevivas invertidas
donde las rosas
—como antorchas—
encendíanse altivas desde el orto
y eran las gardenias
postraciones de nieve,
compacta cal de adorno...

(Todas
nutrían su salvajismo
de la patraña grávida
de un árbol).

Quedaba yo
semisilueta esbozada
al golpe de la vida.

¡Pero había de ser yo!

¿Quién más
que una mujer
con vientre desde el aire estremecido
y entrañas con arácnidos en pugna

y heridas en los ojos de ternura
 y ya
 una cicatriz la boca transversal
 —positivo caudal
 aún sin derroches para abrir al mundo
 la más primitiva de las tragedias: la palabra—,
 quién más
 que yo,
 pudiera ser?

Después, sí.
 Todo fue una confusión
 desmesurada.

Arribó el llanto
 a horcajadas del suspiro.
 Allí dentro
 venía la desenvoltura
 del desasosiego,
 y la inquina,
 y el egoísmo,
 —armado hasta los dientes de envidia—
 y la sensibilidad en ciernes
 y el amor en pañales
 —pequeño medio ángel
 cazador, casi desnudo—
 y dentro de ese torbellino
 sin medidas
 ni paros,
 quedaba
 yo, más tú, ya,
 como un solo compendio de la vida.

Así
llegó el dolor
y cruz de llanto
clavó la amargura
en la primera orilla del mundo.
(Estaba descubierta la ternura).

Tuvo noches
—el árbol—
que cada hoja
brilló los resplandores
de una estrella.

(Por entonces
el cielo era un dosel intacto).

Y vi correr
un mar con olas de cristal
despavoridas
por un renglón desierto del paisaje.

Me quedé
desde ti,
ya de tu calcio, impura.

Y te miré
—en la lluvia—
como una torrentera
que mía,
apegárase perennemente
a la cuenca embrionaria
en mi ensueño.

Mi dolor
era frágil
cuando
tu desespero fue inicial letra primera
sobre el mundo.

Hombre
de las manos blandas
y del pecho anchuroso de nostalgia:
vedando a tu cansancio
ya tuvo nacimiento
el caracol de la amargura.
Y así
quedaste, sentenciado
para tu tormento.
Y a mis falsas delicias,
recluso.

Ya tus madrugadas
—desde entonces—
serían mi «padre nuestro» cotidiano
y al borde
de mi ruta emplazados
quedarían tus desvelos, para siempre.

(Tenías
mi ternura a tu lado
como un plumón de ave
domesticada).

Me turbó
la rigidez de tu hermosura.
Miré tus pies

—clavando—
la agria piel de la tierra
con esmeros profundos
de atleta furibundo.
Y vi cómo tus manos
—blandas manos de carne—
hacían rosas del aire
y del rocío caído
brotar —con tus ansias a tono—
hacías
a los suspiros.

Y la vida,
¿dónde,
dónde quedaba
la cerviz para abatirla
y el músculo insepulto
para anclarlo?

(Todo
caía con más fervor —del cielo—
desde que habían nacido luceros
de la matriz del mundo).

—¿Lo sabías?
Yo lo intuí de ti.

(Turno de las estrellas
fue desposorio de luz
con las penumbras).

—Ahora
gajo de ti,

me desperezo
para ver
si alas tengo crecidas al aderezo
que me ofrendaste—.

Te llamabas Adán.
Y eras
lampiño como un pichón de ruiseñor.

Como una palabra
dicha sin rabia.

Fue desde mí
que te llegó la pena
lista a enredar
la envergadura de tu sexo
con las pitas del cálculo
y todas
las innobles ligaduras
de la moneda y el deseo.

Desde entonces
tú arrastras por el mundo
el vendaval hirsuto
de tus ansias.
Y yo,
—como una viva cicatriz de tu amargura—
quedo entreabierto
homicidio blanco
a tu impaciencia.

¡Cómo han cruzado
cielos de fango las aves de la noche!

—¡Oh, lechuzas incautas!
¡Oh, vampiros inquietos!—
desde que no contamos
ni tú,
ni yo,
con la inocencia
para alegrar el corazón!
¡Cuántos peces de luz
se han extinguido,
parcos de descendencia!
¡Cuánta dicha huida!
¡Cuánta desmenuzada hermosura
sobre el mundo, caduca!

Pero dimos el género.
Y con tus labios puestos
a la sombra
me dijiste:
Eva.

Tuve
un gemido hondo
al oírme nombrada.

(Antes,
pude ser rosa
o estrella
o alborada,
o fuente disoluta
u ola encrespada).

Pero fue tu palabra
quien

proclamó a mi piel dorada
con un nombre.

(De allí
con un dolor perenne nació la concepción).

Se quedó la simiente
mediodía del polen
fruncida en los ovarios de la tierra.

Entonces fue
que surgieran de las nubes
aquellos sexos derramados,
caídos a lujurias pretendidas
sobre el mundo.

(Bogaba la mentira rumbo al hombre.
Sobre cada una faz
había
una careta a resguardar
la exacta condición
de cosa humana).

Después
quedó mi causa.
La triste causa mía sin regreso.

Había crecido falsedad al rostro
y eran las ilusiones
llamaradas en vano.

(Y aquí
irrumpió el amor

como una guillotina de dicha
para el hombre).

Vocablo
sin patentes
quedaba dar el grito:
—¡corazón!—
Ahora
cuando quedaba delantera
la noche de la entraña
y era la arteria mayor
sublime y raro estremecer
de la impericia, entreabriendo.

(Nacían
los hermafroditas
de la dicha tanta).

Y Leda
y Narciso
de una sensualidad
sin trillos,
—sin distancia equitativa—
habían llegado
ebrios de sexo
hasta la dolorosa frigidez del mundo.

Todo
con un dolor resuelto
venía

rodando a fondo
desde el cielo para caer, castigo
al Paraíso.

El hombre
con su virilidad a cuestas,
vía-crucis de la carne
en calle de amargura ya dispuesta.

Y allí
todo el sentido estricto
de la vida.

(Todavía
la muerte no tenía aspirantes).

Pero tú,
—hombre de tez ahumada—
que me nombraste Eva,
de mi remoto origen
forjaste el olvido
gozada
ya mi carne por tu antojo.

Quedó
arrimado a la cargazón
de tu capricho
mi destino,
ostra de perla imprevista —yo—
corrida a nácar
sin motivos.

Y allí
dio a luz
la incomprensión a la fatiga,
al copioso daño
y a lo mejor así
al odio
y a la pena.

(Todavía
cortinando los salones del mundo
no estaban
prodigiosos visillos de resignación,
corridos).

(Todavía
a renunciar
labios no habían sido trazados).

Quedó
mi soledad desmesurada
hasta hoy,
como
un paisaje etéreo.
Así logré
silencio a permanencia
—prematura cerrazón de voz—
y conté
en mi huracán,
las vueltas de desesperación
del abandono, lentamente.

De ti,
de tu calado nombre
tengo
la estrellamar de tu recuerdo
pastoreada
en la clemencia verde
de mi ensueño.
Y ansío
la estructura pesada de tu voz
para mi anhelo
cobijar
horizonte del frío, lejanísimo.

Pero tú estás,
huésped añejo
al purgatorio en llamas de la vida.
Tropiezas,
te levantas,
sorteas los obstáculos de grava,
vadas ríos de sangre,
te despilfarras en afanes
para
gloriarte un día
de tu haber
de fuerza de Vulcano ufano.
(Has olvidado que crecí
a tu vera).

Que mi aliento
sombreó
tu esbozado pesar primero

y que fueron mis brazos
—aunados—
el arca donde tu corazón quedó
—gema de fuego—
por vez ilesa,
inquilino sin rentas a demora.

Ahora
desparpajas por el mundo
tu simiente madura.
Y olvidas
el cáliz de mi melancolía
temido como eres a la dicha,
para rebosarlo.

¿Por qué
la recia cumbre donde habitas
está desmoronada
a desengaños?

Allí
soliviantáronte los astros
a gobernar
la cicatriz del mundo.

Deja
los largos ratos álgidos,
las espesas premuras del instinto,
los afanes copiosos,
el acicate rojo agrio
de la faena heterogénea,
—liebre oscura hacia el oro,
galgo precipitado a la avaricia—

y fingete
hasta mí
donde sandalias de una espera
pacífica
cubren la huella azul
de tu regreso.

Ahora que no has querido
comprenderme
es línea pura
mi vocación al llanto.

Te contaré
la historia que no sabes,
—Adán de cuatro letras bien medidas—
sin afianzarme
mucho
en el recuerdo
como si
vida perenne
llevara a esclavitud,
para solaz de tu sexo
a voluptuosidad monumental
planeado.



POEMA III

Tapiados lagos de luz
pardas almendras
de mis ojos.

Era
desde cuando
un altar
sin muchedumbres
me servía de espejo.

Iniciada en el llanto
mi lágrima primera,
resbalaba.
Lloraba
la ya estable presencia
de mi melancolía.

Y todo fue desde el día
que fatigué
porque aquel rastro tuyo
como abeja tras polen

de tus huellas,
ya seguía.

(Pardas goletas
—mis iris—
navegaban en el océano del llanto
a velas
sobreabultadas al quebranto).

Yo quedé
circunscrita
a una túnica blanca
con la infancia del lino
gateando en sus hilachas.

(Derecha
a profesar,
mi vocación al llanto
era lecho
de limo oloroso
por mi cauce).

Y era el altar
un albo restallar
de sugerencias.
Inhibidos
los ídolos quedaban.
Ni un ánade
ni una paloma
—raíz de Dios,—
ni una rosa fingida
hasta allí,
depositados.

Solo
la soledad,
cerrado tambarillo negro
la noche oscura
abandonada al aire.

(Subía
hasta la sangre de mis labios
una marea de pináculos dormidos
y toda una heredad
de trasnochadas torres).

Quedéme
silenciosa
como una espiga ajada
hasta mirar sobresalir
de aquella pulcritud en calma
el ojo redentor
que habría de juzgarme,
y desde allí
la voz.
La gruesa alarma,
—sonido de la trágica
garganta del ensueño,—
lastimada.

Tiritaba mi ser
—extracto de flaquezas—
como una enciclopedia
de carne mutilada.

—¿A qué vienes, mujer?
Fue el eco

en mi noche abultada, pernoctando.
—¿Qué grito te estimula
al altar de los milagros
a ti,
basamento de penas
donde te atreves
a posar,
desnuda,
para armarme de rebelde carne?

Tembló
la amplitud toda
de la severa túnica
y así
quedó mi corazón
sismo de miedo.

—¿Desnuda yo?

(Cesó mi voz
dentro la férula del llanto,
convulsa.
No había misericordia
para mi palabra).

—Desnuda, sí.
Tu corazón
como un cuartel sin sombra,
invado.
Y sobre tus entrañas
miro
los abalorios de una frágil angustia
refugiados.

¿Y así
te atreves
a implorar de mí
para mezclar solaz
a tus miserias?

Caída
la encendida palabra,
mi cuerpo
—alma y concepto—
desmenuzaba una amargura
extravagante
pétalo a pétalo,
ya rosa inútil aterida
desde la ardiente
media luna gemela de mis labios
hasta
el sello dolido de mis huellas,
sangrando.

(Estaba yo allí
desde un paisaje
que solo tenía un árbol).

—Soy yo, sí.
Tu misma oveja nula.
Tu intrínseca violeta.
Tu mariposa helada.
Tu alelí
sin boceto de perfume
ni altiveces de capullo
en el inicio
de sus flores.

Tu paisaje de agua impura.
Tu laberinto de tinieblas.
La idéntica porción
que olvidó los clamores de la pena un día
y hoy
viene al llanto
vestida de azucena,
demacrada quizá.
Pero desnuda no.
Piedad para mí.
Que es dolor
más dolor
la lobreguez de mi palabra
aquí quedando
el eco
sólido,
pesado,
como murmullo de río sin salida,
como un silbato entre montañas
furibundo, tras jinetes desbocados.
Tus frases sobre mí
cruzan
la transparencia limitada
de mi carne,
por eso
miras mi ración de humanidad,
desnuda.
Tú,
con esa clarividencia tuya
tan inmaculada...

(Todo el altar
brillaba

así como en el día inicial
brilló
la luz de amor en el Edén
y como la sangre
ya ahita de futuras maldades
así de rojos
columpiaban los frutos
desde el árbol).

Primero
fatigó mi memoria,
mi voz
después,
hablando a solas.
Con silencio
amarrado a mis fervores
el cable de la angustia
me oprimía.

Después quedéme ola entumecida
a playa del ensueño inalcanzado...

«Cuando regresara a tener todo
el ademán de sombra sedante
de la encina
y no hubieran
máculas ardorosas en el sol
y dentro de los lirios
tejieran arañas
con frenesí inusitado
el velo
del amor sin mancillas...
y el canto de los grillos,

partido,
resaltara mejor
y quedaran los hombres —otra vez—
sin masacre
en el cuerpo del alma...»

(Escasez de la dicha era la voz interior...)

Aquí
del pensamiento
surgió
como un asfódelo el recordar
y tuvo ruidos voluminosos
el ojo contumaz.

(Sahara del espanto
la rigidez de mis pupilas
relucían sin oasis).

Mi risa,
¿dónde,
hacia dónde
había ido a sumergirse?
¿En qué
rotundo lago de alegría
se había petrificado?
¡Ah,
risa mía
tan amplia
tan estoica!
¡Tan bien arrimada
a la dicha falsa!

Mi vocación quedaba
sin efecto.

Eran tres
letras leves
a escribirse mi nombre
de tres trazos
largamente.



POEMA IV

Ahora
ya estoy sola
hablándome
la noche
las palabras oscuras
de una ausencia remota.

Ha seguido
la noche
lanzando —para embaucarme—
su inédita cátedra
de estrellas.

Cae ahora
una lluvia taimada
hacia el árbol
de mi melancolía.

(La mejor madrugada
deposita en la tierra
llanto de la soledad).

Aquí sin voz
fue parto el rocío de la aurora.



POEMA V

Tú, hombre:
¿hacia dónde
tu llanto
de ariscas pupilas brotando?
¿Hacia dónde
tus manos
donación de la pena,
azafates de inercia,
raíz del parricidio,
tacto a la esperanza,
hacia dónde,
inquietas?

(Me dijo
un ruiseñor
cosas a semejar
travesuras de un loco).

Que irían —tus lágrimas—
hasta engendrar
un nuevo río
de presurosas aguas.

Han ido
cayendo todas las palabras
como una lluvia lenta
de un acento extraño.
Como si hojas tardías
escaparan
del árbol suculento
de mis sueños
y fuera yo
la rendida hojarasca.



POEMA VI

Muertas sus pupilas mías
a la trampa del sueño,
sin párpados.

Rota mi voz
pájaro de mi palabra
sin alas, sucumbiendo.

Solo la reflexión
como una estatua hambrienta,
persistiendo.

¿Para quién
las gemelas ciudades muralladas
de amorosa incógnita
de mis senos
levantan
pirámides de asombro?

¿Para quién
la herida perenne de mis labios

bordes de su tragedia
desenrosca?

Una vez
hubo un ángel
que tuvo
en las orillas de su sueño
gimoteando inconforme
a un transido deseo.

(Rodaron
justas al llanto,
irreales figuras).

Desde entonces
quedó pegado
al humano armazón
aquel impacto frustrado
como un castigo
imperecedero
como un latigazo de dolor, incalculado.

¿Qué hasta allí
tienen mis ojos
fábulas de lágrimas,
iris lastimados?

Yo me quedo
buscando en las rosas
—reacia a la palabra—
buscando en las rosas
que sucumben

de noche
su esencia,
el más ligado olor
a la piedad del hombre.

Pero aún
aliento
atribulada.

Que todavía
norte al altar
estoy dispuesta,
—casta y perversa—
hasta el arrojó.

Podría
desgarrar de una palabra
el blanco lino muerto
de mi túnica
espesa, como el mundo.

A cota de lujurias
quedaría mi carne
sin sombras estancada,
frente al ojo implacable.

Pero tengo la piel
de mansedumbres.
Y en mí
el enojo no repercutió
hasta la clave final
de mis tobillos.

Quedaron
como emblemáticas al trillo
las rosas de mis plantas.
Fue solo
de mis manos
—amenaza de la gracia—
donde amasada
a tientas
quedara la herencia ingrata,
¡oh hombre!
para encadenarte al sortilegio
de la sensibilidad.



POEMA VII

Hombre:
mi voz sin repicar
llama a tu formación:
Adán.
Adán en todo.
Solo de mi palabra escapa
la vocal del llanto
y es el imán
—recurso capital—
lanzado a tu abandono
como un caos constante.

Has batallado
con la fe de un mártir,
—eso consta,
en historial profundo de mi aljaba—
con toda la marina envergadura
de un cetáceo en celo
has evadido
las oscilaciones del naufragio íntimo.

Colocarte:
fanal en la esquina más plena
de mi noche,
puesta a rielar tu desazón
en el río anchuroso
de mi sangre
para una luz
mejor
tener en mis ocasos
y así tú,
viñeta de eclosión pertinaz
en mi tristeza
situar
la oscuridad parcial de la silueta
del engaño,
con rendida prestancia.
¡Ah tú
y tu eterno hesitar!
¡Como abrumadas
surgen las palabras
de mi débil intento vocal!
¡Y qué de hermosa
es la rosa de mi melancolía
abierta
para tu esperada caricia,
pétalo a pétalo
apegada al silencio pródigo del polen,
al impacto fugaz de la abeja furtiva,
al beso sin corazón
de las doradas mariposas bohemias!



POEMA VIII

Yo
que en los labios cerrados
del mundo
hubiese colocado
tu nombre
escrito en un ensueño
a tinta de marfil
de un lirio aún no nacido.

Y puesta
en la Cruz del Sur
hubiese dejado
mi carne colgada,
gólgota armado
en la piel absoluta
del cielo, para alabarte.

Porque
me di a creer
que hasta allí
tenía nacimiento tu fe
como la nueva estrella del regocijo.

(Carcomida,
tu nave definida ya
cabalgaba olas tercas).
Tenía
la distancia
resuelta la silueta
como
una «i» latina desmedida.

Duéleme
tu desamor
como un cansancio estoico,
almacenado mucho tiempo
como los restos de un naufragio
famoso.

Plañidera voz
de mi palabra
allí tu voluntad
como una indiferencia más
tendida
al orbe.

Déjame, sí.
Déjame abiertas
las rutas
de tu enojo.
Allí
podría caber
toda mi resurrección
—Eva sin tiempo—
y ser

tu desesperación fugaz
o
tu incansable delicia de por vida.

Ahora
que tengo la fruta de la angustia
entre los dedos,
sumisa
he de nutrir
la sierpe a mí trepada,
con creces.

Fui yo
la que usurpó
en la despedida de tu dicha.
La que hice levantar
tu voz
en fraude a la consigna casta.

(Confabulada
con la bestia
dejé sobre la lira de tu carne
tono de desesperación,
clave del sexo,
sonando).

Irrisorias visiones
me impulsaron
a darte la estocada
—¡oh fuerza viva de la sangre!—
por donde
escaparía el alma
del primer pecado.

Un himno a tu lealtad
—fuerte cosa afianzada—
quiero ofrendarte.
Y una rosa de amor
dejar estricta,
ya adorno de ilusión
para tu ancestro.

(Eres
el hombre verdadero).

Como una manteleta de agonía
te arropa mi palabra.
Que carezcas de tímpanos,
¿qué importa?
¡Si ha de ser ya
mi voz
como bola de aire
dando rumbos de duelo!

Y si acaso
pupilas hasta mí
no te queden directas
¿por qué habré
de turbarme
si la palabra es ciega multitud
y solo
lleva luz
cuando la dice con fervor
el hombre?

(Aquello
de la ausencia de luz
no será más que mío.
Herencia de la pena
que por ti,
desvarío).

Continuarán
las horas corridas desde el día
margen la noche eterna
—meta misma—
sin pavor,
sin porfía,
sin ardores,
mechón de la melancolía
siempre ardiendo.

(Tú quedarás
la voz equitativa
que en lápida infeliz
deletreará
sobre mi nombre la sola palabra perdida).

Yo seré
tu osadía,
tu conato de fe,
tu languidez remota,
tu perenne estallido,

tu crasa egolatría voluptuosa
derramada hasta mí,
como hasta
cada una Eva
en autopsia
ya, silenciosamente
expatriada
de la dicha por olvido.



POEMA IX

Quedó
como un recuento
de esplendor y fatigas sin número
mi estada en el Edén.

Cruces
al hombro
corrí con mi dolor de catacumba
hecha
una fuga misma
por la enconada cicatriz
del mundo.

Era
como una inmensa isla
dislocada y contrita, yo,
—lo primitivo como un mito—
tétrica nota al aire,
merodeando.
Hacia la línea de la pena,
insomnio.
Hacia el vetusto corazón del hombre,

Verónica sin lienzo.
Y así, alojada la escasez en mis entrañas
con solícito apego.
Y ni un rastro de sol haciendo guardia
en la miseria de mi barro.

(Yo
sobre la frente de la tierra,
apoteosis de pavor
mi pensamiento).

Tiara
de profusos caprichos
e incontadas nostalgias,
las estrías inconclusas
de mi frente.

Reía
la carabela del engaño
a mi decir insípido.

Y quedaba el altar
desmesurado.
Abierto como un cielo
donde
tú más yo
orábamos de frente
a la oración primera
—cofrades apremiados—
a perpetuar
el rito de la carne
sobre un mundo de voces cóncavas,
mutilados.

¿Hacia dónde
el alma?

¿Hacia qué pómulo
de la agonía
coloca el hombre resucitado su beso,
la cálida expresión de su ternura
a ras de labio?

...

(¡Cuándo todo
había estado
como una araña de crochet
dentro del alma!
¡Calcada
y hecha cabal plástica de encaje
la existencia!).

Tiene
la voluntad limbos feroces.

¿Hacia dónde
la salvajada
de la ira
con las tiras caídas
de la mente,
sin dominio, sin domicilio fijo?

(Jamás
he renunciado
a llorar por la penuria de mi nombre).

De pesares crecemos
la espiga
de la carne.

¿Llanto,
por la resurrección del alma
has dicho?

¿Cantó
el amor
canarios de su voz a mi alegría,
ya tu desamparándome?
Fuiste
pertinaz grabador en mi ternura
de paisajes con riscos
y penuria de encaprichados
árboles de halago.
Gozaste
en resaltar
desde mi fondo extraño
desde mi gran perspectiva de bosque
encantado.
(¡Qué fácil es zarpar
en rías de agua!).

Yo quedo
tu obra sola.
Tu cuadrada figura.
Sin más naturaleza muerta
que el aro de mis ojos
entregados
al éxtasis más dulce

sin rasguñar al sueño
ni taladrar
en cosa viva
ni en materia despierta.

¿Hacia dónde,
hacia dónde
la cultivada flor
de mi melancolía
ya se deshoja?

¿Hacia qué punto,
hacia qué comezón de norte o sur
se corren
las lágrimas predichas
de la resurrección total?

¿Hacia dónde
cultiva el hombre
el lirio inmaterial
de sus pesares
y hacia qué dimensión
—Eva expatriada—
intensamente emocionada
me diluyo
con las tres letras de mi nombre
calvario oculto sangrando
hacia la nada?



POEMA X

He mirado
caravana de andrajos
desgarrar
por mi sed matriculada al llanto.

Así,
la semejanza mía
zurcí de gala
sobre la cicatriz de mi propia miseria.

Reincidente
en las lágrimas
cien mil veces
exactas,
lapso negro
la tara de mi sino, sobresaliendo.

Pretendía
mi ciclo de luciérnagas
ahogarme de luz.

Salvoconducto
de mi sueño,
tú,
festejabas en mi insomnio.

Delante,
racimadas iban
todas las lunas,
sembradoras de luz
en la viña del mundo.

Y yo despavorida
perseguía
los racimos.

¿Por qué
tanta penumbra
con tanto avance a luna
desplegado?

¿Y hasta dónde
el hecho sin espinas,
la cicuta sin labios,
el dolor sin escolta
la cicatriz sin ruinas?

Grité al mirar.
Toda la hechura
quedó
cuenca desmesurada,
rota carne de duelo.

Cuando volví
a mirar la luz,
creí
que las estrellas
no eran más que patrañas
miradas desde un álbum,
no inscrito entre mis cosas.

Odié
los ojos claros,
la mirada sin reto,
y me quedé
—Corina sin reyerta de amor
en el pozo del vientre—
cerrada plenitud,
pincel de sombra
blasfemando.

¡Qué grito más leal
fue el desespero
desde mí!

Agonicé
sin letanías
ni ensayos de liturgia póstuma.

Cuadrada pared
de mi dolor
allí despierta
tenía
emprendida la carrera turbia.

Y vagué.

Palpé
las muertes positivas con delicia:
¡Tenían más taras locuaces que mi anhelo!
¡Más amplios hoyos de miedo!
¡Más contracciones difundidas!

(Cundió
la noche en mí
sombas inciertas
y comencé a remar
como los muertos
en un mar sin olor y sin regreso).

Nadie
nunca de mí
miró
las huellas mías
que dieran a la Estigia
tantas vueltas.

(Caronte
no me quiso mirar.
Y dejó
que el dolor me subyugara
hacia la tierra).

Ahora
no tengo sustituto
para el llanto.

Ni sóbranme
pentagramas
para envolver la música
del aire en mis espacios.

Despavorida
no rindo
ni a revolcar
las nuevas letras
de mi nombre mundano
con esmero.

Ahora
que todos me conocen
y tienen mi leyenda
como cosa ferida
me siento
como un trompo
ya parco en la ración de cuerda.
Ahora
que sé
por qué los niños soportan
la majestad de la inocencia
y sé
—también—
por qué los pájaros
tienen tantos caminos abiertos
en el cielo...
ahora
—¡misterio de la vida!—
proa de mi pesar
hacia el final
se vara.

Con las lunas del mundo
entre los dedos
—¡Eva en extramaunción!—
siguen mis huellas
la simiente de ti,
—tacto en penumbras—
con la inutilidad del corazón
como una estrella muerta,
—desgarrada mejor,—
y allí tus labios,
allí mi sed multicolor,
toda tu savia desperdigada,
toda mi dicha irresoluta,
y aquella inútil lágrima primera,
ensayando,
ensayando a ser sol,
a ser todavía pertinaz quimera
sobre siniestra cicatriz
hacia los labios de tu hechizo
—¡oh, Adán!—
puestos en sangre eterna
con la palabra a decir
como una mensajera insistida al amor,
rigurosa de una pena austera
casi áurea, casi etérea,
a un conspicuo dolor
instalado el motivo carnal
lágrima descomunal
de retorcido paralelo,
escuálida, solemne
como un salmo emitido
a terca y parca voz.



BIOGRAFÍA DE MELBA MARRERO DE MUNNÉ



Pese a sus reconocidos talentos como poeta, narradora y dramaturga y a su fecunda producción bibliográfica, Melba Marrero de Munné es una gran desconocida para la mayoría de los estudiosos de las letras y del público en general.

La escritora, una de las grandes voces de la literatura nacional, nació el 8 de abril de 1911 en San Francisco de Macorís y falleció el 4 de junio de 1962. Fue sepultada en su tierra natal.

Era hija de Eugenio María Marrero y de Enedina María Oller. Contrajo matrimonio con Trifón Munné Trullols, empresario cacaotero, de la región del Cibao, pero no tuvo descendencia.

Gracias al bienestar de la pareja Munné-Marrero, la escritora pudo viajar a muchos países y disfrutó de un estatus social y económico privilegiado.

Melba Marrero de Munné sobresalió por su producción literaria durante la dictadura trujillista, pero fue severamente fustigada en el 1957 por el crítico literario Pedro René Contín Aybar, por órdenes de la esposa del tirano Rafael Leónidas Trujillo, la señora María Martínez, quien para la época pretendía acreditarse como escritora en base a textos escritos por el español José Armoína, entonces al servicio de la satrapía.

Melba, quien llamaba mucho la atención por su particular belleza y elegancia, es autora de varios poemarios: *Alas abiertas*, *XXXX Retablos de silencio y alma*, *Faena para Adán*, *Eva en extremaunción*, *Cáfila amarga*, *Romance cafetalero* y *Tiempo para la muerte*. También produjo varias crónicas de viaje: *Postales sin estampillas*, *Rutas de España* y *Estampas suecas*.

Igualmente, creó las novelas *Caña dulce*, *El voto* y *El hambre* (inédita) y la obra de teatro *El banquete de las hadas*.

En los últimos años, se ha generado un determinado interés en algunos estudiosos de la literatura dominicana por conocer y divulgar el legado literario de la insigne autora.

Eva en extremaunción, de Melba Marrero de Munné, de la colección «Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.



ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo

José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano

Américo Lugo

Feminismo

Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio

Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista

Abigail Mejía

Imágenes del dominicano

Manuel Rueda

Invitación a la lectura

Camila Henríquez Ureña

**La República Dominicana,
una ficción**

Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América

Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves

Federico García Godoy

**Seis ensayos en busca
de nuestra expresión**

Pedro Henríquez Ureña



«Melba Marrero de Munné nos conduce por sendas en las que miles de interrogantes perecen ahogadas en la tensión del poema, otros versos plasman la agonía de una infancia truncada por la pasión de un alma enamorada y hondamente melancólica. Aquella infancia cuya lejanía y ausencia logra lastimar su alma e incentivar en ella el hábito de esparcir sus lágrimas por el camino, como si intentara con ellas humedecer y recuperar su esperanza.

»La Eva engendrada por el alma de Melba dio aliento de vida a toda la humanidad esparcida en su vientre a la hora de entregar la pureza de su ser, la lluvia torrencial de estrellas acunadas en la caverna donde inicia su viacrucis la existencia.

»En *Eva en extremaunción* la poeta nos coloca frente al nacimiento de la humanidad. El mundo que hoy habitamos, pero aún vacío. El mundo de Melba nacía en ese instante bajo la bóveda celeste encendida de estrellas y el temblor de unos labios culpables de saborear la apetecible delicia del fruto prohibido».

Sabrina Román

Melba Marrero de Munné, una de las grandes voces de la literatura nacional, nació el 8 de abril de 1911 y falleció el 4 de junio de 1962. Es autora de varios poemarios: *Alas abiertas*, *XXXX Retablos de silencio y alma*, *Faena para Adán*, *Eva en extremaunción*, *Cáfila amarga*, *Romance cafetalero* y *Tiempo para la muerte*. También produjo varias crónicas de viaje: *Postales sin estampillas*, *Rutas de España* y *Estampas suecas*.



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-41-4



9 789945 639414